

esta importante cuestión, como tampoco podemos describir sus condiciones y estancias, de las que, por referencias, algunas, sin duda, exageradas, sabemos la existencia de unas estrechas escaleras de comunicación embutidas en el espesor de los muros y de un hondo pozo, sobre el que recaen las leyendas que a todos estos elementos acompañan.

Debajo de cada uno de los citados matacanes aparecen sendos escudos de mármol blanco, primorosamente esculpidos, de los que el del Sur lleva las armas de los Reyes Católicos, y el del Norte, el emblema de sus flechas. El blasón del comendador Chacón, soportado o timbrado por la Cruz de Santiago, se coloca, en señal de respeto al de los Reyes Católicos, sobre el ángulo NO., mucho más bajo, en otra piedra de mármol igual a las de los anteriores.

La puerta original de la torre, pues la que hoy posee en el piso bajo es moderna, se abría a un costado del frente sur,alzada a la altura de la segunda planta y encuadrada dentro de un hundido arrabá que, en lugar de molduras, poseía otra banda de esgrafiados sobre yeso blanco, en juego con las que rodeaban a la estrecha entrada. Como en esta puerta, hoy murada con ladrillos, no se aperciben vestigios de sus disposiciones de acceso, ni tampoco de defensas, ignoramos cómo podían subir a la torre, aunque nos figuramos que sería por medio de otro estribo y escalera fija, colocados ante ella, desde donde se lanzaría la necesaria pasarela. Este procedimiento fue corriente hasta en las torres de costa erigidas en el siglo XVII, de las que quedan algunos ejemplos, cuyas planos pudiéramos mostrar.

Singularidad—y modernidad—de esta torre, dentro del arcaísmo que le dieron en el tiempo en que fue levantada, es la de no contar con otras defensas que las existentes en su altura con las torrecillas y matacanes, los cuales no podían ser ya eficaces y respondían, como la torre misma, más bien a la idea de la representación señorial, antes explicada, a la que pertenecen esos elementos, considerados como indispensables, que a una actividad defensiva, que este género de edificios no podía ya pretender.

Dicen que en 1876 se colocaron en la torre cuatro mil nidos de paloma, a fin de convertirla en una explotación industrial. Tan bello y admirable monumento no merecía, en verdad, tan humillante destino, y esto hace ver, una vez más, el abandono y desprecio habidos para estas construcciones, con los que seguramente sus edificadores no contaron. De los nobles y altivos blasones de los Reyes Católicos y de su leal y fiel Contador, a los nidos de grajos, alcotanes y palomas que ahora los degradan,